

Conflictos entre Wellington y los gobernadores de Portugal durante la campaña de 1810-1811 contra Masséna¹

Fernando DORES COSTA
Departamento de História e Centro de Estudos de História Contemporânea
ISCTE – Instituto Universitário de Lisboa
fdcta@iscte.pt

Fecha de recepción: 22 de junio de 2010
Fecha de aceptación: 16 de diciembre de 2010

RESUMEN

Este artículo revisa las discrepancias entre Wellington, comandante de todas las fuerzas bélicas británicas y portuguesas, y algunos de los gobernadores del reino de Portugal, en particular el Principal Sousa, hermano del más influyente ministro de D. Juan, Príncipe Regente de Portugal, gobernando en Brasil desde 1808. El telón de fondo del conflicto fue la táctica pensada el año anterior por el estratega británico para responder a cualquier nueva ofensiva napoleónica: la creación de una “isla artificial” por medio de las celebradas “líneas de Torres Vedras”. Sousa se opuso a esa orientación y a sus consecuencias: la “tierra quemada”. Wellington atribuyó a Sousa todas las dificultades que se le presentaron en la campaña de 1810-1811. Pero el problema de fondo no era la personalidad o la influencia política de Sousa, sino la subordinación de la administración de Portugal a las necesidades de los objetivos militares ingleses en la Península.

Palabras clave: Táctica militar de Wellington; líneas de Torres Vedras; sistema imperial napoleónico; gobernadores de Portugal.

ABSTRACT

This paper is the preliminary result of a re-examination of the conflict between Lord Wellington, supreme commander of the British and Portuguese military forces, and some members of the Portuguese council of governors, in particular the Principal Sousa, brother of the most influential minister of the cabinet of king D. João, resident with his Court in Brazil since 1808. The background of the conflict was the tactical system conceived by Wellington in 1809 in order to resist to any new French offensive -the construction of the famous “lines of Torres Vedras” and therefore to build up a kind of “artificial island” around Lisbon. Sousa opposed the plan and its costs -scorched-earth policy. Wellington blamed Sousa as the main responsible for all the problems he had to face during the campaign of 1810-1811. However, it is hard to believe that the problem was the personality or the political influence of Sousa. The main difficulty was the subordination of the Portuguese administration to the British military goals in the Peninsula.

Keywords: Wellington tactical thought; the “Torres Vedras lines”; Napoleonic imperial system; Portuguese Regency.

¹ Agradezco la traducción de este artículo al profesor Dr. Fernando Bouza Álvarez.

La campaña de 1810-1811 fue el resultado de la decisión de Napoleón de mandar formar un ejército para la conquista de Portugal y, aparentemente, para la expulsión de las fuerzas británicas de la Península Ibérica, cuya dirección confió al más prestigioso de los generales franceses, Masséna, príncipe de Essling. Ésta supuso la mayor convulsión acaecida en Portugal durante las guerras de 1807 a 1814. De ella, se suelen destacar algunos aspectos. En primer lugar, los efectos excepcionales de esta “tercera invasión napoleónica”, como con frecuencia se la designa, sobre la población portuguesa y sobre la economía de las regiones afectadas, no sólo por el tránsito de los ejércitos, sino por el estacionamiento de un ejército enemigo durante varios meses, entre octubre de 1810 e inicios de marzo de 1811, en una región que fue devastada, en espera de refuerzos y a la busca de una salida al punto muerto táctico en el que se encontraba. La retirada de ese ejército provocó aún más ruina a su paso. Considerados los efectos directos de la guerra, el período final de 1810 e inicial de 1811 fue, ciertamente, el más dramático de la historia portuguesa. En segundo lugar, se señala que la respuesta dada por el comandante de las tropas británicas y portuguesas a la incursión del ejército de Masséna se tradujo en el desplazamiento y destrucción de los medios de subsistencia y equipamientos que lo pudiesen sustentar. La desolación “natural” de la guerra fue de ese modo empeorada por los efectos del plan adoptado. Una parte de la población de las regiones afectadas por la presencia de los franceses se desplazó hacia Lisboa. Aquí, fue necesaria la organización de alguna clase de asistencia para los que iban llegando a la ciudad.² Las enfermedades, más que los ejércitos, diezmaron a los habitantes en situación desesperada. Un recuento de los muertos en la región de Coímbra a partir de las informaciones de los párrocos recoge en torno a tres mil muertos por asesinato (cerca del 1% de la población) y calcula en un octavo las pérdidas por enfermedad, o sea, el 12,5%.³ Esta opción en favor de la creación del vacío de recursos, indispensable en el plan de Wellington, estuvo en el origen de los conflictos, objeto central deste texto, entre éste y algunos de los gobernadores del reino.

En tercer lugar, esta campaña ha sido vista como una obra maestra de la táctica de Wellington, como explicaré más adelante. Mediante la construcción de las llamadas “líneas” de Torres Vedras, sistema de fortificaciones de campaña que seguía y aprovechaba los accidentes naturales, las fuerzas británicas y portuguesas impidieron el avance del ejército napoleónico hacia el sur, en dirección Lisboa, imponiéndole un inesperado punto muerto táctico. En cuarto lugar, el planteamiento de la campaña de Masséna y su comportamiento provocan varias dudas respecto a cuáles fueron las

² Una imagen de esa asistencia: la “Sopa de Arroios” del pintor Domingos Sequeira: www.purl.pt/13953.

³ *Breve memoria dos estragos causados no bispado de Coímbra pelo exercito francez commandado pelo general Massena extrahida das informações que derão os reverendos párocos*, Lisboa, Impressão Regia, 1812. La población en 1801 de ambos sexos era estimada en 285.033 almas y el número de “assassinados” reportado por los párrocos de 2969. El número de muertos por el “contagio” se supone que superase los 35 mil.

verdaderas razones de que Napoleón lo enviase a Portugal e ilustra las enormes debilidades, políticas y militares, del sistema imperial.

En quinto lugar, una dimensión a la que no se le ha dado la importancia debida, la campaña de 1810-1811 fue el resultado directo del fracaso de la cooperación entre británicos y españoles en 1809 y supuso para Wellington un año de resistencia en espera de que tal vez pudiese volver a tomar la iniciativa en España. La defensa de Lisboa fue la defensa de la base que, a falta de otra mejor, permitió que los británicos permaneciesen en la Península y retomasen la acción fuera de Portugal. Pero para eso era indispensable que los Gobernadores de Portugal y su población se sometiesen a las exigencias de la guerra, tal y como las interpretaba Wellington.

La campaña de 1810-1811 dio comienzo por decisión de Napoleón, quien ordenó la formación de un ejército destinado a una nueva incursión en Portugal, reino que continuaba fuera de su dominio en la Península Ibérica y donde permanecía un ejército británico, dirigido por Wellington y reforzado por fuerzas portuguesas reorganizadas, desde marzo de 1809, por oficiales británicos. El desprecio que alimentaba hacia los pueblos peninsulares le llevaba a considerar que esta presencia británica constituía el único riesgo auténtico que corría su dominio. Pero las instrucciones que Masséna recibió preveían una campaña larga, comenzando por los asedios de las plazas de Ciudad Rodrigo y de Almeida y el avance sistemático y no impulsivo en dirección Lisboa, frente a lo que el año anterior había sido diseñado en el caso de la campaña del general Sout -en conjunción con el ejército de Victor- para la ocupación de Portugal. Este año se había planeado que los ejércitos invasores llegarían hasta Lisboa en pocas semanas.⁴ Por el contrario, el oficio del mayor-general que llegó a Masséna era claro: “Debo prevenirlo de que el Emperador no pretender entrar en este momento en Lisboa porque no podría abastecer de alimentos a la ciudad, cuya inmensa población recibe por mar sus medios de subsistencia. Es preciso aprovechar el verano para tomar Ciudad Rodrigo y, a continuación, Almeida; no se debe actuar por medio de expediciones, sino metódicamente; como el general inglés tiene menos de tres mil hombres de caballería, puede muy bien aceptar batalla en una región donde la caballería es inútil, pero nunca vendrá a darla en una región llana”.⁵ De la excentricidad de tal plan se hizo mención ya hace tiempo: “*It would be hard to find in the rest of the Correspondance a dispatch which so completely abandons the ‘Napoleonic methods’ of quick concentration and sharp strokes*”.⁶ Podemos por ello con sobradas razones preguntar cuáles serían las verdaderas razones de Napoleón. ¿No se caracterizaba el combate de inspiración napoleónica por la agilidad de sus ejércitos y, en consecuencia, por la capacidad de moverse con sorprendente rapidez y encontrar desprevenido al enemigo?

⁴ SOULT: *Memórias do Marechal Sout sobre a guerra em Espanha e Portugal*, Lisboa, Livros Horizonte, 2009, pp. 38-41.

⁵ KOCH, General: *Memórias de Massena. Campanha de 1810 e 1811 em Portugal*, traducción de Manuel Ruas, Lisboa, Livros Horizonte, 2007, pp. 45-46.

⁶ OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*, vol. III, London, Greenhill Press, 2004, p. 227.

Británicos y franceses seguían orientaciones logísticas y tácticas muy diferentes. Los británicos disponían de una ventaja: Wellington podía concentrar sus hombres, mientras que los franceses se veían forzados a dispersarlos en innumerables destacamentos. La observación no se le escapó a Jean Jacques Pelet, oficial del estado mayor de Masséna.⁷ Confirmaba de este modo que la hostilidad de una parte de la población contra los franceses imponía, al exigir una vigilancia constante sobre los ataques informales y para proteger las comunicaciones, una inversión desproporcionada en número de hombres. La campaña de 1810-1811 probaría plenamente esta enorme dificultad de comunicación a la que se enfrentaban los mandos napoleónicos. Pelet identificaba igualmente la que era la gran limitación de los adversarios: nunca los británicos se arriesgarían a dar batalla lejos del mar, dejando a su retaguardia regiones montañosas.⁸

La campaña napoleónica empezó, en cumplimiento de las órdenes recibidas, con un largo y extenuante cerco a la plaza de Ciudad Rodrigo⁹. Militarmente, la única justificación era la diversión. Señalaba el citado Pelet: “*Les instructions du Gouvernement indiquent pour lignes d’opérations les deux rives du Tage [...] on pourrait croire que le Siège de Ciudad-Rodrigo n’a été ordonné que pour occuper l’armée et l’ennemi [...] car sa prise n’aidera en rien à la suite des opérations contre le Portugal*”.¹⁰ Los dos sitios de Ciudad Rodrigo y de Almeida fueron militarmente inútiles. Ambas plazas hubieran podido ser despreciadas si se hubiese contado con la posibilidad de optar por el avance rápido dentro del territorio enemigo en dirección al único objetivo políticamente crucial: Lisboa. Dejar plazas no rendidas a la retaguardia sólo podría tener alguna importancia militar en el caso de que una imprevista prolongación de la campaña derivase en una preocupación apremiante por las líneas de comunicación y abastecimiento. Pero, pocos meses después, este caso ilustraba que, después de dominadas las plazas, los franceses no lograban mantener abiertas esas líneas. La acción bélica napoleónica que había fascinado a Europa se fundaba en la rapidez y en la osadía. Ésta era, por contra, una campaña lenta y previsible. La fuerza invasora y ofensiva avanzaba sin ganancias y la fuerza defensiva se mantenía a la espera. Wellington no salió, obviamente, en defensa de Ciudad Rodrigo o, poco después, de la plaza de Almeida, permaneciendo vigilante respecto a la actividad enemiga. Evitaría un enfrentamiento. Prendía incluso a quienes osaban provocar conflictos con los franceses.¹¹ En la concepción táctica de Wellington, que había definido ya hacía varios meses, el terreno crucial no eran estos puntos fortificados de la frontera, sino el puerto de Lisboa y la región circundante a esta ciudad. Tras la caída de Ciudad Ro-

⁷ Pelet es autor de varios estudios sobre el modo de actuación en Portugal y de una detallada memoria sobre la campaña de Masséna: PELET, Jean: *The French campaign in Portugal 1810-1811. An account by Jean Jacques Pelet*, ed. Donald D. Horward, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1973.

⁸ VICENTE, António Pedro (org.): *Manuscritos do Arquivo Histórico de Vincennes referentes a Portugal, III (1807-1811)*, Paris, FCG, 1983, p. 254.

⁹ HORWARD, Donald D.: *Napoleón y la Península Ibérica. Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, Salamanca, Ediciones de la Diputación de Salamanca, 2ª ed., 2006.

¹⁰ VICENTE, António Pedro, *op. cit.*, p. 255.

¹¹ OMAN, Charles, *op. cit.*, 255; HORWARD, Donald D., *op. cit.*, p. 245.

drigo, los franceses comenzaron la preparación del sitio de Almeida, plaza de reducida importancia para el presumible método propio de Napoleón. El cerco fue de corta duración, pues una violenta explosión del almacén de pólvora obligó a una inevitable capitulación.¹² Perdida Almeida, Wellington se alejó de las fuerzas napoleónicas en dirección a la costa, llegando algunos a pensar que podría estar iniciando un movimiento de retirada de Portugal.

Las tropas napoleónicas siguieron avanzando hacia el interior del Reino y hacia el sur y se enfrentaron a la falta de condiciones de las vías terrestres. Además, Masséna se habría inclinado por las peores opciones. Wellington señaló que había muchas malas carreteras en Portugal, pero que el enemigo había tomado las peores de todo el reino. Muy escaso era el conocimiento francés del territorio portugués. Sabemos que, en esta época, las cartas geográficas de que disponían los mandos militares eran muy rudimentarias y la falta de detalles propiciaba que se tomaran las peores decisiones. No bastaba tener noticia de la existencia de una carretera entre dos poblaciones y una valoración aproximada de la distancia que las separaba, también resultaba decisivo que fueran capaces de que por ellas transitaran bagajes y artillería.¹³ Pero, aunque se había realizado un trabajo de elaboración de memorias que hubiera podido atenuar esta falta de información, éstas no parecen haber llegado al estado mayor de Masséna.¹⁴ Por otra parte, también algunas de las órdenes de Napoleón parecen haber estado marcadas por la ignorancia sobre los territorios por donde se movían sus ejércitos, como había sucedido en 1809. La arrogancia militar napoleónica imponía este desprecio hacia los obstáculos naturales, pero, además de esto ¿habría voluntarismo o desconocimiento?

Mientras tanto, Wellington hacía retroceder a sus tropas, observando con atención lo que hacía su enemigo. La batalla del Buçaco fue el resultado de sacar partido de una posición en el terreno especialmente favorable y de la falta de conocimiento de sus características por los franceses. Desde el convento del Buçaco, escribía Wellington a 21 de septiembre de 1810: “*We have an excellent position here, in which I am strongly tempted to give battle*”.¹⁵ Esta decisión de dar batalla parece ir en contra del plan adoptado por Wellington. Parece dudoso que pudiera considerar la posibilidad de un enfrentamiento de importancia capital con el enemigo. Por eso mismo, se han apuntado varias razones para explicar la decisión de confrontación, como señaló Horward.¹⁶ El mismo Wellington enumeró las ventajas que se habían obtenido de la batalla, en especial, la confianza que habían ganado los soldados portugueses, hombres que no tenían experiencia de guerra, o la impugnación de la idea de que los bri-

¹² HORWARD, Donald D., *op. cit.*, pp. 297 y ss.

¹³ RAEUBER, Charles: *Les renseignements, la reconnaissance et les transmissions militaires au temps de Napoléon: l'exemple de la troisième invasion du Portugal-1810*, Lisboa, CPHM, 1993.

¹⁴ Algunas de ellas fueron recogidas por António Pedro Vicente, incluidas algunas del período del que aquí nos ocupamos [cf. VICENTE, António Pedro, *op.cit.*].

¹⁵ *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington during his various campaigns*, London, John Murray, vol. 6, 1838, p. 460.

¹⁶ HORWARD, Donald D.: *The Battle of Bussaco : Masséna vs. Wellington*, Tallahassee, The Florida State University, 1965.

tánicos no querían combatir, preparándose para embarcar sus tropas. De este modo, la batalla podría ser vista como un acto de sofisticada propaganda, hacia dentro y fuera del ejército. El mismo Donald Horward extrajo, con todo, de este enfrentamiento una consecuencia que habría sido determinante para el resultado de la campaña: la desastrosa experiencia del Buçao habría inhibido a Masséna de emprender, cuando se aproximó a Lisboa, una eventual operación de expugnación de las “líneas” fortificadas de Torres Vedras.¹⁷ La batalla del Buçaco habría sido vista por Wellington apenas como una forma de ganar tiempo: una batalla “*which was never intended to be anything more than a delaying action*”.¹⁸ La referida posibilidad de una retirada de las tropas británicas no constituía, sin embargo, una maledicencia de los portugueses. El propio mando máximo británico la confirmaba, aunque ahora la consideraba menos probable: “*unless some terrible accident happen, or unless the French raise the siege of Cadiz. I hope there will be no occasion to embark this winter.*”¹⁹

La noticia de la victoria en el Buçaco provocó el momentáneo entusiasmo entre la población portuguesa, por contraste con la consternación que se produjo tras la explosión en la plaza de Almeida. No se enendió, sin embargo, una confrontación que, de consecuencias indeterminadas, no había detenido la amenaza de los franceses. La opinión portuguesa quería naturalmente que las fuerzas invasoras fueran detenidas en las fronteras, o, al menos, lo más cerca posible de éstas, preservando a las poblaciones de la necesidad de huir y de la devastación material de sus tierras. No se comprendía que el ejército defensor siguiese evitando un enfrentamiento de importancia capital. El avance del ejército enemigo continuó hacia el sur, amenazando Lisboa. La desconfianza originada por la sospecha de que los británicos tenían la intención de hacer embarcar sus tropas fue haciéndose mayor.

Las tropas de Masséna se vieron sorprendidas por las famosas “líneas de Torres Vedras”, el sistema defensivo de campaña que utilizaba los accidentes orográficos entre el Atlántico y el Tajo como puntos de apoyo, haciendo intransitable parte del terreno y cerrando las carreteras practicables en dirección a Lisboa mediante guarniciones de fuego. La construcción de tal sistema permaneció ignorada por los franceses hasta su llegada. Éste es otro dato que prueba las debilidades del sistema imperial napoleónico: el sistema de espionaje y de informaciones que debía prestar apoyo a Masséna en su recorrido no existió. Nada puede ser más elocuente que la comprobación de que las noticias que Napoleón tenía del ejército de Masséna eran en gran medida las que publicaban los diarios ingleses.²⁰

Ante el sistema defensivo de las “líneas” de Torres, el ejército invasor quedó en un punto muerto táctico: las posiciones fueron consideradas inatacables y sólo le quedaba el retroceso hasta encontrar una alternativa táctica. De este modo, la construcción de

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ FLETCHER, Ian: “Wellington: Architect of Victory”, FLETCHER, Ian (ed.): *The Peninsular War. Aspects of the Struggle for the Iberian Peninsula*, Staplehurst, Spellmount, 1998, p. 151.

¹⁹ *The Dispatches...*, vol. 6, p. 466.

²⁰ *Correspondance de Napoléon*, volumen XXI, Paris, Henri Plon, 1867, pp. 280-281; 338-340; 387-388; 525-529.

estas “líneas” es, sin ninguna duda, el punto crucial de la campaña de 1810. Serían la ilustración de la supuesta genialidad de Wellington. Pensadas con un año de anticipación respecto a la llegada del enemigo a las proximidades de Lisboa, dan coherencia a la dirección que Wellington aplicó a los movimientos de su ejército ante la invasión.

La construcción de las “líneas” de Torres no fue la respuesta de Wellington a la campaña de Masséna. Fue un sistema defensivo pensado en función de cualquier nueva iniciativa de incursión napoleónica en Portugal. Ha de ser entendida, pues, como modelo alternativo ante la evidente falta de entendimiento entre británicos y españoles a mediados de 1809. Como se entiende la decisión sobre la construcción de las “líneas” de Torres Vedras es en el contexto de la definición de la situación del ejército británico en la Península entre agosto y octubre de 1809. El objetivo británico era golpear a los franceses en España y Wellington retrocedió hacia Portugal en 1809, tras la batalla de Talavera, y privilegió la defensa del país (exactamente, de la ciudad de Lisboa, como veremos) porque le brindaba una posibilidad de resistencia que no tenía en ningún otro lugar de la Península y no en razón de que existiese un lazo político privilegiado entre Londres y Portugal. Cuando Arthur Wellesley llegó por segunda vez, en abril de 1809, a Portugal, su principal preocupación era el ejército del general Victor estacionado en la Extremadura española, que esperaba que se desplazase en dirección hacia Portugal. La acción británica que expulsó al ejército de Soult de la ciudad de Oporto fue pensada como operación preliminar para una posterior acción planeada contra Victor en España. No obstante, la cooperación entre británicos y españoles no resultó prometedora, el abastecimiento esperado no se produjo y, tras la ya mencionada batalla de Talavera, Wellington retiró sus fuerzas a Portugal. Quería garantizarse una plena autonomía respecto a las fuerzas españolas y aproximarse al mar, fuente de abastecimientos y posibilidad de retirada. Lisboa era la base de apoyo de las tropas británicas en la Península frente al gran riesgo que había supuesto el mantenimiento de tropas en el interior de España. Una caracterización política fuertemente negativa de los españoles acompañaba a este diagnóstico.

A partir de octubre de 1809, Wellington inició personalmente los trabajos de reconocimiento destinados a levantar las “líneas”. El porqué de la creación del sistema defensivo era británico y esencialmente político. Los gobernantes británicos advirtieron a Wellington que bajo ninguna circunstancia debía poner en riesgo a su ejército, cuya fuerza sería imposible de recomponer. El gobierno de Londres actuaba bajo una presión constante del Parlamento y de la opinión pública que veía con mucha desconfianza que sus tropas se viesan comprometidas en la Península. Si el comandante británico no hubiese pertenecido a una poderosísima red de influencia política probablemente se habría forzado su regreso.

Por otra parte, los mandos siempre estaban preocupados por la escasez de hombres. La reposición de un ejército que resultase aniquilado como resultado de una confrontación desafortunada con el enemigo se veía como un problema de difícil solución. Wellington hubo de apaciguar de manera reiterada al gobierno a propósito de que no tenía intención de arriesgar el efectivo en aventuras bélicas.

Lord Liverpool dejaba claros, a 15 de diciembre de 1809, los límites dentro de los que Wellington debería entender la aprobación regia a sus planes en Portugal.

*He [el rey] cannot, however, avoid noticing how large a proportion of the disposable force of this country is at present employed in the Peninsula, and how essential the return of that army must be to the security of his own dominions in the event of Spain and Portugal falling entirely under the dominion of France.*²¹

Explicaba que, con esto, no se quería poner condiciones al comandante de las tropas británicas, lo que entraría en colisión con la amplia autonomía de decisión que era inherente al gobierno militar. Lo que quería era que nunca perdiese de vista las consecuencias de las acciones en las que se viera envuelto. Éste era el horizonte político en el que se movía Wellington. De Londres, llegaba la petición: “*I beg you, however, not to risk yourself.*”²² Liverpool era claro con Wellington en los primeros días de enero de 1810: “reembark your army in case of necessity”.²³ En carta de 13 de marzo era todavía más claro:

A very considerable degree of alarm exists in this country respecting the safety of the British army in Portugal [...] I have no difficulty in stating that, under all circumstances, you would rather be excused for bringing away the army a little too soon than, by remaining in Portugal a little too long, exposing it to those risks from which no military operations can be wholly exempt.

Aunque no abogaba por una evacuación con anterioridad a un ataque enemigo, atendiendo a que se consideraban sumamente improbables las posibilidades de una defensa con éxito, no recomendaba intento alguno de resistencia a la desesperada.²⁴ Se preveía que, en caso de que se perdiese Lisboa, las tropas pudiesen ser admitidas en Cádiz. Se planteaba la posibilidad de la retirada de la parte del ejército portugués que pudiese ser militarmente útil hacia Brasil o hacia otra parte de la Península, pero se señalaba el enorme gasto que supondría su transporte.

Resultaba evidente que Lisboa era sólo una alternativa respecto a Cádiz. Liverpool señalaba que ésta sería la preferencia británica: “*There can be no doubt but that in this country a higher value is set upon Cadiz (connected with the Spanish fleet, arsenal, etc.) than upon Lisbon.*”²⁵ Henry Wellesley proponía la posibilidad de que Cádiz fuese declarado puerto libre bajo la protección inglesa y en relación con América del Sur.²⁶ Los gobernantes portugueses eran conocedores de tal posibilidad de retirada. Wellington pedía, a 26 de abril de 1810, que le fuesen dadas instrucciones al ministro británico en Lisboa relativas a los preparativos de retirada hechos por el gobierno portugués, aunque reconocía que esperaba que no fuese necesaria una próxima evacuación.²⁷

²¹ *Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Arthur Duke of Wellington*, vol. 6, London. John Murray, 1860, p. 438.

²² *Ibidem*, p. 464.

²³ *Ibidem*, p. 465.

²⁴ *Ibidem*, p. 493.

²⁵ *Ibidem*, p. 484.

²⁶ *Ibidem*, p. 493.

²⁷ *Ibidem*, p. 516.

La acción británica en 1810-1811 siempre estuvo presidida por los objetivos de evitar la confrontación y de, en caso de necesidad, garantizar el embarque de las tropas británicas. En sus trazos esenciales, el plan de Wellington estaba definido en una carta escrita en Mérida a 25 de agosto de 1809. Defendía que sería posible conservar Portugal siempre que el ejército y la milicia portugueses se mantuviesen intactos.

The difficulty upon this sole question lies in the embarkation of the British army. There are so many entrances into Portugal, the whole country being frontier, that it is probable that we should be obliged to confine ourselves to the preservation of that is the most important, the capital.

La primera opción táctica estaba definida: la concentración de fuerzas cerca de Lisboa, permitiendo su evacuación. Toda otra posibilidad táctica quedaba relegada. Pero una segunda decisión, en el plano de la ejecución de la primera, resultaba imprescindible.

*It is difficult, if not impossible, to bring the contest for the capital to extremities, and afterwards to embark the British army. You will see what I mean, by a reference to the map. Lisbon is so high up the Tagus that no army that we could collect would be able at the same time to secure the navigation of the river by the occupation of both banks, and the possession of the capital. One of the objects must, I fear, be given up, and that which the Portuguese would give up would be the navigation of the Tagus; and, of course, our means of embarkation.*²⁸

Se había identificado el problema. Los portugueses podían suponer un obstáculo para la evacuación de las tropas británicas.

Wellington, como ya ha sido señalado, reconoció en octubre de 1809, con el coronel Murray y el cuartel maestre general Fletcher, el territorio próximo a Lisboa. Después de esto, Fletcher escribió regularmente a Wellington sobre los trabajos preparatorios de las "líneas"²⁹. John Jones explica en su memoria sobre las "líneas" qué es lo que había determinado su construcción:

*The defences of Fort St. Julian at the mouth of the Tagus were to be extended to cover and ensure a communication with the fleet; and ground was to be occupied as retrenched posts or positions at Castanheira, Monte Agraça, and Torres Vedras, to support the manoeuvres of the army while retiring on the meditated line, or place of embarkation.*³⁰

²⁸ *Selections from the Despatches and General Orders of Field Marshal the Duke of Wellington*, London, John Murray, 1851, pp. 288-289.

²⁹ *Supplementary Despatches...*, vol. 6, pp. 451-458; 459-462; 469-472.

³⁰ JONES, John T.: *Memoranda relative to the lines thrown up to cover Lisbon in 1810*, London, printed for private circulation, 1829, p. 3.

En previsión (según Jones) de que la fuerza invasora pudiese doblar en número a la fuerza defensiva (se temía inicialmente que los franceses pudiesen llegar a reunir cien mil hombres), se ponía en duda la capacidad de resistir con éxito. Por ello,

*the object of primary interest and attention was to secure places for re-embarking the army in case of disaster [...] The next consideration was to establish such strong enclosed works to block up the passes as should enable indifferent troops to delay or check a hostile column, in its endeavours to interrupt the retrograde manoeuvres of the regular army.*³¹

Es decir: las tropas portuguesas que guarnecerían las “líneas” harían posible la retirada de las fuerzas británicas y su embarque. Por eso, el sistema comprendía cuatro y no sólo dos líneas defensivas. Una era la de la protección de la zona próxima a la fortaleza de S. Julião, llave de la entrada en la barra del río Tajo, y debería tener el perímetro suficiente para albergar los hombres de un ejército, para el caso de que las condiciones del mar dificultaran el embarque. Otra era la línea de cierre de las carreteras en dirección a Lisboa. Una tercera, que pasó a ser la línea más al norte, era una barrera complementaria a la llegada hacia el sur de la referida línea principal. Por último, la línea de fortificaciones erigida en la margen sur del Tajo, frente a la ciudad de Lisboa, pretendía impedir que el enemigo tomase los altos frente a la ciudad y las zonas de acceso al embarque en la hoz del río.

El sistema de “líneas” fue, por tanto, pensado en función de la identificación del mejor lugar para el embarque de las tropas británicas. Wellington consideró varios, entre los cuales se encontraban Peniche, Setúbal y São Julião da Barra. La previsible reacción negativa de los portugueses ante un embarque fue decisiva en la consideración del sistema defensivo. Las “líneas” deberían impedir que el enemigo avanzase (como sucedió) u obligarle a que lo hiciese con lentitud, pero, igualmente, deberían permitir que los británicos pudiesen partir sin ser importunados por los portugueses.

El sistema dio pruebas de su eficacia y el ejército de Masséna quedó en un punto muerto táctico. Al ser imposible atacar las líneas fortificadas, las fuerzas francesas retrocedieron hacia una región próxima, el área en torno a Santarém, en donde permanecieron durante varios meses, hasta el completo agotamiento de medios, abandonándola sólo a comienzos de marzo de 1811. Esta derrota, se suele considerar, sería una prueba de la genialidad táctica de Wellington y de su figura de estratega europeo de primer nivel. La invasión de Portugal, concluía Glover, llegaba a su fin con menos de cuatro mil bajas en campo de batalla de los anglo-portugueses y había obligado al enemigo a perder 30 mil hombres. Desde la Revolución, Francia no había sufrido una derrota de tales dimensiones. A dos causas cabía atribuir este resultado: “*partly to Napoleon’s faulty estimate of the situation but overwhelmingly to Wellington’s foresight, patience and determination.*”³²

³¹ *Ibidem*, pp. 4-5.

³² GLOVER, Michael: *Wellington as Military Commander*, London, Penguin Books, 2001 [1968].

En efecto, la campaña de Masséna puso en evidencia las asombrosas debilidades del imperialismo napoleónico. Las “líneas” defensivas constituyeron (como se ha señalado antes) una sorpresa para el estado-mayor francés. Además, las órdenes de Napoleón de 29 de junio no preveían la conjunción de la acción del ejército venido del norte con otro que penetrase por la frontera del Alentejo: el Emperador no creía que se debiese tomar Badajoz. Por esas fechas, nada hacía prever una intervención del ejército de Andalucía para apoyar las operaciones de Masséna.³³ Tal cosa refuerza legítimamente la cuestión sobre las reales intenciones de Napoleón. Para agravar la situación, las relaciones en el seno del cuerpo de oficiales eran muy conflictivas: después de la batalla del Buçaco, Ney, Junot y Reynier habrían exigido que se abandonase Portugal.³⁴ Hizo su aparición, del mismo modo, la idea de una animadversión de Soult en el socorro de Masséna desde la frontera, perdiendo un tiempo decisivo en el sitio de Badajoz. Esta plaza cayó en poder de los franceses en el momento en el que Masséna inició una retirada inevitable. Pelet confirma en sus memorias el sorprendente aislamiento del ejército de Masséna. Jean Jacques Pelet refiere que, además de la obtención de medios de subsistencia, con frecuencia mediante el recurso a una gran violencia, la ocupación de los militares napoleónicos estaba dominada por el problema de salvar el Tajo y el consiguiente acceso a los medios de subsistencia del Alentejo.³⁵

De hecho, el plan táctico de Wellington complementaba la acción de las “líneas” como cordón defensivo con el hecho de condenar al enemigo a una zona limítrofe donde no debería encontrar ninguna clase de medios de subsistencia. Esto suponía una tercera dimensión del proyecto a través de la obstaculización de una línea de comunicación entre el inmovilizado ejército de Masséna y una retaguardia en España que pudiese reforzarlo con hombres y con abastacimientos. ¿Se produjo en 1810 una paradójica confluencia de objetivos?³⁶

Fue la creación de la mencionada zona vacía de recursos lo que originó el enfrentamiento entre Wellington y algunos de los gobernadores del reino, en particular el Principal Sousa. Este conflicto se superpone a otro existente entre los gobernadores entre sí y entre Sousa y los secretarios. Al ser nombrado, Sousa tendría como objetivo limitar los poderes de los secretarios Salter y D. Miguel Pereira Forjaz, a los que acusaba de gobernarlo todo, como afirma Ricardo Raimundo Nogueira, otro gobernador, en el relato que dejó de las peripecias del consejo.³⁷ Confirma que así debía ser en efecto, pues, antes de los nuevos nombramientos, sólo había dos gobernadores, el Patriarca y el marqués *Monteiro-mor*, de los que Nogueira dice que eran, ambos, bastante ineptos. Por ello, forzosamente, debían los secretarios de ocuparse de la parte principal en la resolución de los negocios. Al Principal Sousa le llegaban las quejas de personas vehementes contra el gobierno porque no se habían aceptado sus pretensio-

³³ GOTTERI, Nicole: *Napoléon et le Portugal*, Paris, Bernard Giovananageli Éditeur, 2004, p. 248.

³⁴ *Ibidem*, p. 249.

³⁵ PELET, Jean, *op. cit.*, pp. 327-357.

³⁶ DORES COSTA, Fernando: “A invasão de Masséna em 1810 e as linhas de Torres Vedras: uma paradoxal confluência de objetivos?”, en *Ler História*, 58 (2010), pp. 115-135.

³⁷ BNP, Reservados, Cod. 6848, 24.

nes o de los que hablaban mal de cuanto hacían los otros. Además, sentía poco afecto hacia ambos. Salter había tenido una íntima amistad con el vizconde de Balsemão y se sabía que el conde de Linhares, hermano del gobernador Sousa y, desde la partida hacia Brasil y su muerte en enero de 1812, el principal ministro del príncipe regente D. João, no simpatizaba con el Vizconde. A esto se suma que el resultado de un litigio patrimonial sobre la casa de Pancas que había resultado desfavorable a su hermana también podría haber influido en la enemiga que sentía hacia el secretario Salter.

En lo que respecta a Forjaz, existían las razones del parentesco próximo que tenía con la vizcondesa de Balsemão. Mientras estuvo en el gobierno el marqués de Minas siempre se había opuesto a Forjaz y Sousa tenía con el Marqués una estrecha amistad. Por último, D. Miguel Pereira Forjaz se alineaba siempre con el mariscal Beresford, pensando (con mucha razón, subraya Nogueira) que de esta armonía dependía el buen éxito de las operaciones militares y la salvación del Reino. El Principal Sousa, por el contrario, sentía una aversión mortal contra Beresford. Las razones serían la negativa a dar despachos a individuos, que Nogueira identificaba como charlatanes, que en el tiempo de la restauración, o sea, de la reposición local de los gobiernos que se reclamaban fieles a la Casa de Braganza, se habían erigido en patriotas. Sousa había sido también uno de los que habían tomado mayor partido contra el marescal, cuyo proceder censuraba fuertemente, en consonancia con su amigo el marqués de Minas, en el caso de Francisco de Mello, un hidalgo que, contra la tradición, había sido ejemplarmente castigado.

Arrastrado quizá por la ambición de gobernar que se decía dominaba a todos los miembros de la familia Sousa Coutinho (afirma también Nogueira), Sousa habría hecho llegar al Brasil graves quejas, culpando a los dos secretarios de todo lo que le desagradaba. Tenemos una prueba de esto en la reacción inicial del conde de Linhares ante el agravamiento del conflicto. Nogueira explica que Sousa apenas eximía al Patriarca, porque lo consideraba un gran patriota y también al marqués *Monteiro-mor*, porque éste se atribuía la restauración del Algarve. Su hermano (el referido ministro conde de Linhares) y su cuñada (porque, explicaba Nogueira, en aquella familia también las señoras eran oídas en negocios políticos) creían ciegamente cuanto les decía. Supuestamente su misión habría sido la de reformar el gobierno de Portugal. Continuó Sousa en las sesiones siguientes presentando proyectos sobre los transportes del ejército, el establecimiento de almacenes de víveres y otros artículos.³⁸

El 1 de septiembre llegó la noticia de la pérdida de Almeida. Beresford escribió recomendando, de parte de Lord Wellington, que el Gobierno tomase las disposiciones necesarias para destruir los molinos entre el Mondego, el Alva y el Tajo y para la remoción de mantenimientos y la evacuación de las poblaciones. Era (como sabemos) un punto crucial del plan táctico proyectado por Wellington y lo que le correspondía hacer a las autoridades portuguesas. Esta carta (cuenta Nogueira) excitó hasta sus límites la cólera de Sousa, secundado por el Patriarca. Clamó “destemperadamente” contra el plan de Wellington de retirarse para no poner en riesgo un ejército en el que

³⁸ *Ibidem*, p. 26-27.

toda la tropa portuguesa era bisoña y venir a parar a las “líneas” que había hecho fortificar para cubrir Lisboa. Preguntó si Wellington había presentado el mismo plan al Gobierno, respondiendo Forjaz y Salter que, antes de ir al ejército, había venido a la Regencia y explicado sobre el mapa su plan, que era defender el Reino en la frontera y si fuese posible retroceder tomando posiciones hasta venir a caer en las dichas “líneas”. Sousa, sin embargo, mostró que no estaba totalmente seguro de la exposición que Lord Wellington había hecho de su plan. La respuesta fue (en palabras de Nogueira) “larga, loca e inoportuna”. Sousa insistió en que se escribiese a Wellington para que defendiese la frontera. En caso de que no lo quisiera hacer, que se ordenase a Beresford que se hiciese fuerte allí con el ejército portugués. Nogueira añadió en sus notas: “habló de llamar a Silveira y dijo otros mil despropósitos sin prudencia”. Forjaz representó entonces los gravísimos inconvenientes de que el Gobierno se inmiscuyera en planes militares y que Lord Wellington se ofendería mucho ante semejante intervención. Tras una disputa dilatada y desagradable lo más que se pudo conseguir de la obstinación de Sousa y del Patriarca fue que Forjaz escribiese a Stuart representándole cuánto más conveniente era que Lord Wellington se mantuviese en la defensa de la frontera y que se escribiese también al embajador D. Domingos de Sousa Coutinho para que expusiese lo mismo al gabinete de Londres. Forjaz hizo las minutas y Nogueira se esforzó en modificar las expresiones con las que Sousa quería que fuesen redactadas.³⁹

A propósito de la recomendación de Beresford para dar las órdenes de destrucción de los molinos, también clamó Sousa (con el acuerdo del Patriarca) que eso sería devastar todas aquellas tierras, que el gobierno se haría odioso y que esta medida sólo podía ser ejecutada por la fuerza armada, pudiendo la tropa destruir con facilidad los molinos durante su marcha. Tras muchos debates, acordaron que se hiciese saber a Wellington que los ministros tenían orden de ejecutar todo lo que él les indicase a este respecto, expidiéndose para dicho efecto circulares a los corregidores.⁴⁰ Constatamos que la mayor preocupación no era la suerte de las poblaciones, sino la extrema impopularidad que necesariamente resultaría de la ejecución de medidas de destrucción. La idea de que habría existido un lazo de “amor” entre los gobernantes y los habitantes de los lugares de su Estado se desvanece aquí también. El comandante británico se negó, no obstante, a aceptar esta responsabilidad.

Los gobernadores estaban divididos. Nogueira escribe que le parecían tan funestas las consecuencias de la injerencia del Gobierno en los asuntos militares que decidió dejar su voto por escrito y entregárselo al Patriarca para que lo hiciese llegar a manos del Príncipe Regente. Pero al Patriarca no le gustó el texto y, después de preguntarle si insistía en que se remitiese a Río de Janeiro, lo indujo a decidir la suspensión del envío, hasta que nuevos motivos lo requiriesen. Nogueira es, efectivamente, el autor de una sistematización del gobierno en estado de excepción militar.

³⁹ *Ibidem*, p. 35-36.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 36.

Escribía:

Los Gobernadores del Reino no tienen autoridad para inmiscuirse en los planes de Campaña, ni en cosa alguna relativa a las operaciones militares. Toda injerencia directa o indirecta que quisieren hacer sobre objetos de esta naturaleza, puede ser funesta para la causa pública. 1º Porque los planes de campaña [...] deben ser siempre competencia del General [...] 2º Porque nunca hubo General que mereciese más toda la confianza del Soberano, del Gobierno, y de la Nación que Lord Wellington, que dos veces ya ha liberado a Portugal de la invasión del enemigo y que muy probablemente nos libró de un nuevo insulto, con la victoria de Talavera. 3º Porque SAR ha dado al mismo Lord Wellington las pruebas más concluyentes de una confianza ilimitada, nombrándole Mariscal General [...] 4º Porque esta confianza absoluta del dicho Commandante en jefe es necesaria consecuencia de la alianza, cada vez más estrecha, que SAR ha contraído con el Rey de la Gran Bretaña. La admisión del Ministro de esta Potencia a Sesiones de Gobierno; el nombramiento del Almirante, que gobierna su escuadra en el Puerto de Lisboa como jefe de la Marina de Portugal [...].⁴¹

La cuestión de la evacuación de las localidades fue el desgraciado principio, escribe el Gobernador, de la indisposición de Wellington contra el Gobierno, o mejor dicho, contra Sousa y después contra el Patriarca. Le escandalizó de forma extraordinaria, relata, que el Gobierno se inmiscuyese en el plan de campaña, ante todo porque lo había aprobado cuando se lo comunicó, mostrando las razones en las que se fundamentaba. Se quejó de que el Gobierno quería hacerse popular y lanzar sobre él el odio resultante de todas las medidas violentas que las circunstancias hacían necesarias y que, por eso, en vez de dar las órdenes que se le requerían para que todo estuviera preparado para la destrucción de los molinos, buscaba “el rodeo” de autorizarle a él para dicha operación. Constatamos que Wellington no quería, en suma, asumir la carga de toma de dirección de sus medidas de movimiento de poblaciones y de destrucción de medios.

Pero otro reñido debate tenía lugar al mismo tiempo a propósito de las precauciones que se debían tomar en caso de que los franceses lograsen entrar en Lisboa. Wellington, “con su acostumbrada sagacidad” (en palabras de Nogueira), había ideado un plan para que el Gobierno se pudiese salvar de la invasión, con los preciados objetos de la Corona, el ejército, los depósitos de los arsenales. En caso de desgracia, el Gobierno debía trasladarse a Oeiras o a Cascais, dejando en Lisboa una Junta que lo sustituyese interinamente y que pudiese pactar la capitulación con el enemigo. Este papel habría sido presentado a través de Mr. Stuart en abril, cuando el peligro todavía era muy remoto, y Forjaz lo llevó entonces al Gobierno. Ahora requería Stuart que volviese a ser tomado en consideración porque así lo exigía Wellington, el cual, si el Gobierno se negaba a ocuparse de ese objetivo con la energía necesaria, intentaría dar las órdenes que eran de su competencia para la salvación del ejército, cuyo mando

⁴¹Voto de Ricardo Raimundo Nogueira fechado a 1 de septiembre de 1810, AYRES, Cristóvão: *História orgânica e política do exército português. Provas*, vol. X, Lisboa, Imp. Nacional, 1913, pp.15-17.

SMB le había confiado.⁴² La presentación de este papel por Forjaz dio ocasión a nuevos “alaridos” de Sousa y del Patriarca. Lo interpretaron como una imposición de que el Gobierno abandonase el Reino (lo que no era verdad, dice) y habrían dicho “mil desvaríos” sobre armar al pueblo en Mafra, no consentir que el ejército portugués embarcase y separarlo del inglés para que, juntamente con los habitantes, defendiesen Lisboa. Del testimonio de Nogueira sacamos que los dos gobernadores planteaban la posibilidad (por lo menos en el calor de la indignación) de hacerse autónomos respecto a los británicos y de organizar una defensa que recurriese exclusivamente a fuerzas portuguesas. Wellington se referirá a una conspiración antibritánica inspirada por ellos.

En una carta de 13 de octubre de 1810 a Liverpool, escrita desde Gouveia, Wellington hizo observar este recelo de un levantamiento de los portugueses ante un movimiento de embarque de las tropas británicas. La posibilidad de una toma de las “torres” -o sea, de las fortificaciones de la barra- de Lisboa circulaba entre los milicianos de la ciudad después de la emoción provocada por la caída de la plaza de Almeida. Aunque tuviese el cuidado de señalar que ya se había alejado el problema de un eventual acto de rebeldía de las milicias, afirmaba que sólo molestaba a Liverpool con un asunto semejante debido a la actitud de los miembros del Gobierno de Lisboa de lisonjear a la plebe lisboeta. Si se negaban a mantener la coerción sobre la “mob” de Lisboa, se vería obligado a evacuar el país, de acuerdo con las instrucciones que tenía. Lo que aparentemente se menospreciaba, ganaba ahora una importancia crucial. Era una confirmación del sistema defensivo que había adoptado.⁴³ Una carta a Stuart de 9 de septiembre de 1810 nos ofrece algunos detalles sobre esta cuestión “de las Torres”. Beresford le había informado que, después de combatir un incendio, los temas de las conversaciones entre los milicianos en los cafés eran la caída de Almeida y la probabilidad de que los ingleses embarcasen, siendo la opinión general que sería bueno que los batallones tomasen posesión de las mencionadas fortificaciones. Los batallones de milicianos, que estaban inicialmente destinados a Setúbal y a Palmela, los había remitido al ejército. Al coronel Peacocke le había dado orden de que ocupase las “Torres” que podrían venir a ser de importancia para los británicos. Reconocía que “*the temper of mind of Lisbon becomes a subject of importance*”. Reclamaba la ejecución de un plan de vigilancia: “*the Government should now carry into execution the plan of police which I proposed to them some time ago*”.⁴⁴ Wellington entraba en serio conflicto con los gobernadores del Reino, en particular con el Principal Sousa, a quien atribuía un cambio en la actitud del Gobierno. A propósito de la publicidad dada a informaciones que no habían pasado por él, escribía a Stuart a 11 de septiembre de 1810: “*I attribute the publication of these reports made to Beresford to the feverish state in which the Government has been since Principal Souza has become a member of it.*”⁴⁵ Amenazaba con dejar de enviarle informaciones: “*if the Portuguese*

⁴² BNP, Reservados, Cod. 6848, 40.

⁴³ *Supplementary Despatches...*, vol. 6, 1860, p. 616.

⁴⁴ *The Dispatches...*, vol. 6, pp. 422-424.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 428.

Government publish [sic] any report of military transactions, except mine, I shall make them no report”.

Las dificultades a las que debía hacer frente incluían las que eran creadas por las críticas formuladas por sus propios oficiales: “*there is a system of croaking in the army which is highly injurious to the public service*”. Los militares que reprobaban sus planes deberían partir: “*if they do not approve of the system of operations of their commander, they ought to withdraw from the army.*” Censuraba duramente un plan alternativo:

*As for advancing into Spain, the idea is ridiculous. [...] supposing that I am wrong [...] how would it be when the French army in Andalusia would be brought against us? Would the Spanish force, which a part of that army keeps shut up in Cadiz, be equal to the whole of it in the field?*⁴⁶

Al referido comienzo de conflicto le sucedieron la batalla del Buçaco, de 27 de septiembre, la marcha de los franceses sobre Coímbra y la retirada del ejército aliado. Continuaron (relata el gobernador) las contestaciones, la repugnancia, rodeos y tergiversaciones sobre las órdenes que los marescales requerían enérgicamente para la evacuación de las localidades hacia las que se dirigía el enemigo y la inutilización de los mantenimientos que no se pudiesen transportar. La orden de inutilizar nunca llegó a darse -refiere el gobernador Nogueira-, con el resultado de que los franceses hallaron los graneros de Ribatejo con los frutos de la cosecha y pudieron, en consecuencia, mantenerse en aquellos parajes unos cinco meses. Las notas de Nogueira confirman aquello de lo que Wellington acusó a los gobernadores y que varias fuentes francesas señalan.

Iban llegando entre tanto a Lisboa los habitantes de las localidades invadidas. Se procuraron todos los socorros posibles, según consta en las *portarias* y *avisos* de 7, 8 y 10 de octubre. Nogueira dice que había que confesar que el “celo, autoridad y carácter del Principal” ayudaron mucho a esta “buena obra”, siendo pequeño el gasto del Estado, viniendo los primeros socorros del Senado de Lisboa y después de las limosnas alcanzadas en su mayoría por el mismo Sousa. Trataba el Gobierno, al mismo tiempo, de las precauciones necesarias para abandonar Lisboa en caso de desgracia. Se preveía que el Gobierno saliese en el navío Vasco da Gama y con el ejército pasase a otra parte del Reino, donde se establecería y continuaría la guerra. Se dieron órdenes para que se embarcaen los archivos, los efectos de la Casa Real, trenes de los arsenales, libros de la Biblioteca Pública y Regia; algunas de estas cosas llegaron a llevarse a bordo; otras estuvieron empacadas, pero no lo fueron. Se comunicó también al público la resolución de poner a salvo los efectos de la Casa y de los órganos administrativos y se ofreció a los temerosos el medio de poner a buen recaudo sus objetos preciosos, designándoseles embarcaciones por la *portaria* de 14 de octubre.⁴⁷

⁴⁶ *Ibidem*, p. 430.

⁴⁷ BNP, Reservados, Cod. 6848, 41-42.

El sistema de defensa de Portugal, o más precisamente, de Lisboa, era el resultado de la salvaguarda de la posición británica en la Península. No correspondía a una alianza política que privilegiase a este Reino. Algunos años más tarde, cuando fue discutida por los británicos la posibilidad de pedir a Portugal el reembolso de los gastos hechos durante la construcción de las “líneas” de Torres Vedras, Wellington, al ser consultado, fue claro: “*that government was never consulted upon the subject and [...] if the opinion of that government had been consulted, it would have urged the strongest objection to the system of defence founded upon the constructions of theses works*”.⁴⁸ El territorio portugués periférico al sistema defensivo de Lisboa podía naturalmente ser sacrificado a la eficacia militar de la “isla” donde se acantonarían las fuerzas británicas.

Charles Oman quiso insertar este plan de creación del vacío de recursos en una tradición portuguesa: “*Wellington did not invent the system of devastation, but simply utilized, and carried out to its logical end, an old custom essentially national, and familiar, to the Portuguese from the time immemorial*”.⁴⁹ Los ejemplos se remontarían a la Guerra de la “Independencia” de 1640, pero los testimonios que cita se refieren a la campaña de 1762. La huida de las poblaciones con sus bienes muebles ante la aproximación de un ejército era un comportamiento habitual y se había producido en los años anteriores, así como durante la campaña de ese mismo año. Los franceses habían encontrado desierta la ciudad de Coímbra, por ejemplo. Pero esta huida era considerada una ausencia de corta duración y las poblaciones intentaban retomar sus actividades tras el paso del ejército o de la devastadora acción inicial. Lo que ahora pretendía Wellington era una acción de mayores consecuencias y que chocaba con la sensatez de los que querían sobrevivir. Además, las poblaciones de la frontera que servirían de ejemplo de la imaginada tradición portuguesa tenían un comportamiento muy diferente al de las poblaciones de las regiones de Beira y de Estremadura. Pero, incluso en las zonas de frontera, habría habido quejas por el uso de la fuerza por parte de los británicos sobre los pueblos. Había, en primer lugar, una gran desconfianza respecto a lo que los británicos se disponían a hacer. Sobre todo, hay que considerar que no hubo una, sino varias reacciones populares. El propio Wellington nos da noticia de quienes permanecieron en sus lugares. Del lado francés, tenemos información sobre localidades en las que, en un ambiente circundante devastador, la vida habría permanecido sorprendentemente calmada, caso de Torres Novas, cuartel general de Masséna, según la descripción de Pelet: “*In reality we lived at the Torres Novas headquarters in a strange tranquility. [...] The majority of the inhabitants had remained there, except for a small number of the upper class*”.⁵⁰ En esta zona central de ocupación, los franceses tenían un gran interés en que permaneciese la población.

⁴⁸ “Memorandum on the proposed demand on Portugal for payment of the expenses of the lines and of prisoners of war”, 8 de enero de 1822, *Dispatches, correspondence and memoranda of Field Marshall Arthur Duke of Wellington*, (in continuation of the former series), ed. Duke of Wellington, vol. I, London, John Murray, 1867, p. 213.

⁴⁹ OMAN, Charles, *op.cit.*, vol. III, p. 185.

⁵⁰ PELET, Jean, *op.cit.*, p. 311-312.

Este plan de Wellington conduciría previsiblemente al choque con los dirigentes portugueses, o por lo menos con algunos de ellos. Los dirigentes se dividían en función de rivalidades personales, como ya ha sido señalado, pero deducimos que también según las diferentes actitudes ante las quejas que les llegaban de los extranjeros. El Patriarca electo, que era obispo de Oporto en el momento de la “restauración” anti-francesa de 1808, había sido dirigente máximo de los “patriotas” y había querido encabezar una nueva Regencia contra los británicos. Sousa había sido el portavoz de las aspiraciones de ocupar puestos militares, en colisión con la inflexibilidad de Beresford.

Wellington formalizó esta contienda con los gobernadores a finales de noviembre por medio de una carta dirigida al Príncipe Regente.⁵¹ El punto en el que se hacía mayor hincapié era, por supuesto, la postura de los dos gobernadores, en particular de Sousa, ante las opciones de retirada hacia las proximidades de Lisboa y de destrucción en la zona ocupada por el enemigo. Esta aniquilación voluntaria de parte del “capital” propio de la actividad productiva agraria, cuya devastación por el ejército enemigo era lo que más temían las poblaciones, desafiaba al sentido común. Se elevaba como una probable autocondenación al hambre. Los dos dirigentes portugueses se hacían eco de esta preocupación que anticipaba el pánico. Además, se temía la presencia de esta población en Lisboa, hacia donde confluía, cuando ya se temía la furia de la plebe de la gran ciudad. Wellington consideraba que la posición tomada por los gobernadores daba pie al incumplimiento de sus órdenes y que los magistrados regios no compelián a su ejecución. Porque el Principal Sousa entendía que la guerra se debería mantener en las fronteras, los pueblos no habían tenido tiempo para poner en ejecución las medidas necesarias y el enemigo había hallado en Estremadura todo cuanto podría contribuir a su comodidad y subsistencia, escribía Wellington al Príncipe Regente⁵². El comandante británico afirmaba que sólo eso había permitido al ejército enemigo permanecer al norte de Lisboa durante tanto tiempo.

Todo esto tenía su origen en el principal defecto que Wellington señalaba en la acción del gobierno de Portugal: la búsqueda de popularidad entre las poblaciones, en particular la de la ciudad de Lisboa. Los gobernadores no contrariaban las opiniones populares y no hacían lo que se consideraba necesario, sino lo que coincidía con la convicción del vulgo. “Toda esta conducta” -escribió Wellington a Stuart a 1 de noviembre de 1810- “debe ser atribuida a la misma causa, el deseo de evitar una medida que, siendo útil a los verdaderos intereses del país, alteraba los hábitos indolentes y la dulce vida de los habitantes y el deseo de lanzar sobre mí y el gobierno inglés la parte odiosa de esta medida.” El Gobierno “tiene por principio [...] buscar la popularidad y por consiguiente no adoptará ninguna medida que desagrade al populacho de Lisboa, aunque resultase benéfico al país.”⁵³ A decir verdad, Wellington parece considerar el tipo de acción del Gobierno como una opción libre de cualquier restricción, sin de-

⁵¹ *The Dispatches...*, vol. 7, pp. 15-19.

⁵² SORIANO, Simão José da Luz: *História da Guerra Civil e do estabelecimento do governo parlamentar em Portugal*, 2ª parte, vol. V, tomo 2, Lisboa: Imprensa Nacional, 1866-1890, p. 167.

⁵³ SORIANO, Simão José da Luz, *op.cit.*, 2ª parte, vol. V, tomo 2, p. 161.

pender de los medios a su disposición para imponer sus órdenes. Como si bastase con emitir una orden... ¿Quién obligaría a las poblaciones, a la escala local y efectiva, a aplicar una política de destrucción de los recursos no transportables y que podía suponer que en un futuro sus casas y lugares fueran inhabitables?

Pero esta acusación de búsqueda de la “popularidad” llevaba aparejada un diagnóstico de debilidad que estaba marcado por el desprecio. Podemos ver en él una señal de “nacionalismo” común y banal ante las “naciones” del sur europeo. Pero el Duque británico no dejó de juzgar de manera marcadamente negativa no sólo a sus soldados, sino a su propio gobierno de Londres, acusado de debilidad y de incapacidad. No encontramos en Wellington una reflexión más profunda sobre la autoridad y su ejercicio. Pero lo que afirma es evidente y diríamos que muy frecuente entre quienes ocupan puestos de mando: los gobernantes tienen la obligación de ir contra la opinión de los hombres comunes cuando la necesidad (o sea, la interpretación que los que mandan hacen de la necesidad) lo impone.

Wellington atribuía el cambio en la actitud de Lisboa, hasta entonces colaboradora, a la entrada de Sousa. Éste, hermano del conde de Linhares, el ministro más influyente del príncipe regente D. João en Brasil y también de D. Domingos, embajador en Londres, gozaba de la intimidad de quienes decidían en ese sistema peculiar de administración intercontinental creado en 1808, con la marcha de la familia real hacia Brasil, y que tenía como vértices Río de Janeiro, Londres y Lisboa.⁵⁴

Se bosquejó por ello una situación inédita de abierto conflicto entre los gobiernos de Londres y Río de Janeiro a propósito del plan de Wellington. El conde de Linhares secundaba las críticas de su hermano cuando escribía al embajador en Londres (también su hermano D. Domingos) sobre la conmoción del “piadoso y benigno ánimo” de D. João provocada por las “tristes relaciones de ruina” de Beira y Estremadura, tanto más vivas “cuanto el estado del ejército nacional y del auxiliar parecía por su fuerza dar lugar a esperar que pudiese obrar ofensivamente y defender el Reino en la frontera, sin osar el enemigo a penetrar hacia el interior del Reino.”⁵⁵ Tales afirmaciones revelaban un gran desconocimiento no sólo de las dificultades de la defensa de Portugal, (que hacían difícil, por no decir imposible, la defensa en las fronteras, como se sabía por lo menos desde comienzos del siglo XVIII), sino también de las circunstancias de la campaña en curso ese año: no era posible ignorar cuál era el plan de Wellington. Añadía el ministro que también había afligido e inquietado al Príncipe ver que los “agentes ingleses” parecían haber cambiado de sentimiento y separarse de los Gobernadores del Reino que habían representado las tristes consecuencias del plan adoptado, del cual nada se les había participado antes de su ejecución. Tal queja de falta de información no correspondía a lo sucedido, aunque Wellington hubiese presentado la posibilidad de una retirada hacia la región de Lisboa como algo a lo que

⁵⁴ DORES COSTA, Fernando: “O governo a seis meses de distância. A relação entre a Corte do Rio de Janeiro e os governadores do reino em Lisboa e a consagração de um governo misto”, comunicación presentada al *Colóquio Internacional Portugal Brasil e a Europa Napoleónica*, 2008, disponible en www.euronapoleon.com

⁵⁵ SORIANO, Simão José da Luz, *op.cit.*, 2ª parte, vol. V, tomo 2, p. 174.

podría verse forzado por las circunstancias y no como una táctica que había diseñado desde antes del comienzo de la campaña. Pero la queja del ministro era grave: sugería que los británicos habían ocultado sus propósitos a sus aliados y que actuaban movidos sólo por sus propios objetivos.

Señalaba, también, el conde de Linhares que los británicos habían querido oponerse al traslado de las “personas más sospechosas de adhesión al gobierno francés”, en referencia a la llamada *Setembrizada*, operación de policía que hizo embarcar hacia las Azores a un conjunto de individuos. La obvia repugnancia que causa un acto de exilio forzado sin formulación de culpa alguna ha dado una carga simbólica muy grande a este acontecimiento en las crónicas y síntesis sobre ésta época. No obstante, nada prueba que los individuos fuesen considerados un peligro directo y efectivo para el Gobierno, dirigiéndose la operación a poner sobre aviso a los dirigentes portugueses de que no fuesen acusados de tibieza o incluso de connivencia con aquéllos que la opinión de la calle tomaba por “partidarios de los franceses”. Por eso mismo, Wellington y otros ingleses condenaron la operación y vieron en ella una cesión a la presión de la multitud de Lisboa, otra expresión de la condenada búsqueda de la “popularidad” y obligaron a los portugueses a publicar que los británicos nada tenían que ver con la decisión de alejar a aquellos hombres.⁵⁶

Por último, el Conde declaraba que había herido a los ojos del Príncipe (o sea, entendiéndose, a los ojos del propio Linhares) que el mariscal general se mostrase poco afecto al que decía ser el “gobierno enérgico y que merecía la confianza del pueblo” (en las palabras que en autoelogio decía de sí el hermano Sousa), mostrando poner su confianza en los secretarios de gobierno Salter y Forjaz. La misión encomendada al embajador era hacer llegar al marqués de Wellesley, hermano de Wellington y ministro de asuntos exteriores del gabinete de Londres, que siempre encontraría a los Gobernadores del reino dispuestos a la ejecución de los planes, dada la entera confianza en el genio y talento militares de Wellington, siendo también de justicia que hicese saber a los Gobernadores de manera anticipada lo que debía ejecutarse “y no viesen con sorpresa llagar a las puertas de Lisboa cuarenta o cincuenta mil fugitivos de Beira y Estremadura con los que no contaban.”⁵⁷ El ministro desconocía el alcance del conflicto. Lo que se había dicho que era una discordancia de orientación se convertía apenas en una falta de comunicación previa a los gobernadores. El conflicto no había sido entendido (o al menos presentado) como una divergencia que afectase ante todo a Wellington, sino que oponía Sousa a Stuart y a D. Miguel Pereira Forjaz. La red de intrigas detrás de las informaciones que el Conde reproducía en Río de Janeiro salía a relucir cuando identificaba como un gran servicio del embajador hacer ver bien a los británicos el carácter de muchas personas que de hecho los engañaban y que convenía enormemente que fuesen desenmascarados. Pero acababa por poner en causa la acción del mando militar máximo británico. Así se dejaba claro en carta de Linhares a D. Domingos de Sousa Coutinho de 11 de febrero de 1811,

⁵⁶ Dores Costa, Fernando: “A invasão de Massena...”, art. cit., en *Ler História*, 58 (2010), pp. 125-127.

⁵⁷ SORIANO, Simão José da Luz, *op.cit.*, 2ª parte, vol. V, tomo 2, p. 176.

sobre la exoneración de un vasallo fiel, popular, inteligente y activo [en referencia al hermano común], siendo cierto que en el momento actual daría gran disgusto retirarse un tal servidor sólo por haber predicho las funestas consecuencias del plan de campaña que se adoptó y que sólo podría ser justo y propio si Masséna atacase con doscientos mil hombres y que fuese necesario sacrificar el Reino para salvar la capital como punto de comunicación.⁵⁸

El efectivo del enemigo que se apunta como lo único que podría justificar el sacrificio del Reino a la defensa de la capital hacía ignominioso el plan que Wellington había seguido durante la campaña de 1810, pero era un número delirante.

De hecho, en vez de encaminarse hacia una ruptura como consecuencia lógica, acaba por aceptarse el alejamiento de Sousa. Éste apenas debería tener como contrapartida, para salvaguarda del honor de la Corona, el de sus “enemigos”: “remover mr. Stuart, de quien hay tan justos motivos de queja, y separar de los negocios a D. Miguel Pereira Forjaz, que parece ser el único que es verdaderamente culpado en todo este asunto.”⁵⁹ Se insistía en este punto, pero Wellington vendría poco después en defensa de Forjaz. Tanto de un lado como del otro, los individuos (Forjaz y Stuart para Sousa y este último para Wellington) eran presentados como la causa de las dificultades. Pero el enfrentamiento entre Wellington y los gobernadores estaba lejos de poder limitarse a la presencia de un determinado individuo en el consejo de gobernadores, presentando opiniones contrarias a las de los británicos. En sí mismo, esto no podría tener la importancia que el asunto había venido a ganar. Nada indica que Sousa gozase de una influencia política que justificase la inquietud del mando británico. Es cierto que decía lo que probablemente todos los hombres “sensatos” decían: “todo buen portugués no puede ver sin horror la adopción de un plan que casi aniquiló las dos provincias más considerables del reino, Beira y Extremadura”, como explicaba el conde de Linhares.⁶⁰ Las razones militares que imponían la ruina voluntaria del territorio que supuestamente se quería defender era difícilmente comprensibles. Si creemos la información de Ricardo Raimundo Nogueira, que no era amigo del Principal Sousa y de quien tenía una opinión marcadamente negativa, éste estaba aislado en el Consejo o apenas acompañado (tímidamente) por el Patriarca electo. Las objeciones que presentaba no eran seguidas por la mayoría. Nos queda la duda respecto a si Wellington sobrevaloraba la importancia de Sousa o se le atribuía la expresión de una resistencia que, siendo una dificultad efectiva y acaso determinante, tendría en la práctica muy poco que ver con la acción del gobernador.

El problema era el de la autoridad que impondría el plan de Wellington. La “razón militar” británica implicaba el ejercicio de una “dictadura”, en el sentido más estricto del término, una autoridad excepcional e ilimitada, justificada por la más extrema de las situaciones: la salvaguarda de la vida. La cuestión se clarifica en el pasaje de la carta de Wellington para el marqués Wellesley, su hermano, de 26 de enero de 1811,

⁵⁸ *Ibidem*, p. 178.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 179

⁶⁰ *Ibidem*, p. 154

cuando afirmaba que su opinión siempre había sido que, si Gran Bretaña hubiese tomado ese país con la determinación de conducirlo durante la guerra y hacer del territorio de Portugal la base de todas las operaciones militares en la Península según ese plan, debería haber controlado activamente todos los departamentos del Estado, haber llevado sus recursos al más alto nivel, verlos honestamente aplicados exclusivamente a los objetivos de la guerra. Concluía que, ya que su influencia en el país no era la que había sido en 1808, cuando recomendó este sistema a los ministros de la época, no estaba seguro si sería todavía posible llevar los asuntos a ese punto.⁶¹

Comprobamos, así, que el conflicto con Sousa o con los gobernadores tiene un alcance mucho mayor que el de un enfrentamiento entre “personalidades” o entre alguien -el general británico- que poseía un saber militar fundamentado y otros -los gobernadores portugueses- que poseían una ignorancia completa del gobierno de situaciones bélicas. Wellington defendía la necesidad de que los británicos tomaran la supervisión activa de todos los sectores estatales en Portugal y esa idea no había nacido de la coyuntura crítica de los meses entre octubre y diciembre de 1810, remontándose a la primera intervención de Wellington en el país. Los objetivos eran claros: llevar la tributación de recursos hasta el punto máximo y aplicarlos exclusivamente a los objetivos de la guerra. Subyacía la acusación de fuga a la tributación, la de permanencia de gastos juzgados inútiles y la de presión para que fuese aumentado el montante de la ayuda británica ya establecida. En mayo de 1811, relataba a Villiers la historia del conflicto con Sousa y confirmaba que lo que estaba en causa era el modo de gobernar Portugal. Pese a los avisos que había recibido de todos los oficiales ingleses en el país de que hiciese embarcar las tropas, había persistido en el sistema de defensa que había ideado. Eso a la altura en que, por otro lado, las autoridades civiles portuguesas pretendían que se mantuviese la guerra en las fronteras (cuando para esto faltaban fuerzas y también medios para la provisión de las tropas). Sólo su firmeza le hizo triunfar en esta discusión de nueve meses. A esa altura, la relación con el gobierno portugués era penosa. Sousa había sido nombrado y Wellington confirmaba, una vez más, que le atribuía todas las dificultades con las que se había encontrado. No habría habido asunto en el que su maligna actividad no se hubiese inmiscuido. Había sido el más activo promotor del parecer de que la guerra se debería hacer en las fronteras, imputándole incluso la inspiración de las antes mencionadas opiniones de la milicia de Lisboa sobre impedir el embarque inglés y había hecho que se retrasasen las medidas de remoción de personas, bienes y víveres y la destrucción de molinos. Decía Wellington que todo esto le sería indiferente si las cosas no hubiesen empeorado hasta el punto de amenazar la existencia del país en caso de nueva invasión francesa. Nada se conseguía del Gobierno y todas las reparticiones de los ejércitos resultaban inútiles. El propio ejército estaba muy lejos de su estado completo, no habiendo en campo veinte mil hombres de las tropas portuguesas.⁶²

⁶¹ *The Dispatches...*, vol. 7, pp. 192-193.

⁶² Wellington a Villiers, Elvas, 25 de mayo de 1811, SORIANO, Simão José da Luz, *op.cit.*, 2ª parte, vol. V, tomo 2, pp. 144-147.

Concluimos en primer lugar que no se puede atribuir a la política de “tierra quemada” (usando el término que se ha hecho más común) el éxito de Wellington ya que ese plan no fue aplicado de forma determinante. Puede considerarse que el éxito fue el resultado de las “líneas” de Torres Vedras, que impidieron que los franceses pasaran hacia el sur y les forzaron a un punto muerto táctico. La eficacia del sistema de fortificaciones de campaña fue evidente para la dimensión del ejército de Masséna, pero no fue puesto a prueba frente a una campaña que hubiese sido consecuente con los ejércitos napoleónicos, que avanzase con un cuerpo significativo y en tiempo útil por el Alentejo y que pudiese de este modo forzar a británicos y portugueses a retirarse a la orilla izquierda del Tago. Pero los ejércitos franceses no disponían de ningún punto de centralización que permitiese coordinar sus acciones.⁶³

Concluimos en segundo lugar que el conflicto entre Wellington y el gobernador Principal Sousa no se puede reducir a un enfrentamiento entre el supuesto genio manifestado en la visión militar del primero y un escaso horizonte gubernativo del segundo. Constituye el punto más agudo de reflexión del general británico sobre la necesidad de una tutela política sobre Portugal que eliminase los obstáculos a la aplicación de sus opciones militares. Estas decisiones no se acompañaban por una efectiva alianza política entre los gobiernos británicos y portugués (o sea, más exactamente, de la casa de Braganza residente en Río de Janeiro), siendo Portugal (o mejor la región de Lisboa) el reducto militar que les había quedado a los británicos en la Península después del fracaso de una alianza militar con los españoles. Después de 1811, Portugal continuó siendo la retaguardia y la reserva de hombres del ejército británico en la Península. El número más elevado de soldados portugueses en campaña combatirá en España. Será, después de la campaña de 1810-1811, más que una “isla artificial”.

⁶³ El citado Pelet lo consideraba como el gran problema de los franceses en la Península, PELET, Jean, *op.cit.*, p. 385.